

Biblioteca-Films

NUM.

410

ACUSADO

25

CTS.



BELL, Monta 1931

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería : Barbará, 16

BARCELONA

AÑO VII APARECE LOS MARTES

Nºm. 410

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Fires of Youth Up for Murder
ACUSADO

1931

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el simpático actor de la pantalla

LEWIS AYRES

Versión literaria de C. G. SERRA

EXCLUSIVAS UNIVERSAL
Hispano Americano Films, S. A.

Director Gerente:

NORMAN J. CINNAMOND

Valencia, 233

Barcelona

REPARTO

Roberto Marshall LEWIS AYRES
Mary Deane Genevieve Tobin

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

—¿Se publica la noticia de la muerte del senador Standford?—preguntó Winter, el director y propietario del gran rotativo “La Mañana”.

—Está preparado todo para cuando el senador acabe de exhalar, pero el interesado se aguantá...—respondió Herk, el redactor jefe, un lince para hallar la nota sensacional y sensacionalista de la primera plana.

—¡Lo que más me molesta es que los periódicos de la tarde darán la noticia!—dijo Winter contrariadísimo, como si la lenta agonía del senador fuera una falta de seriedad.

Era la hora del *cierre*, cuando en los periódicos todo es nerviosidad, prisa, nerviosismo. Los redactores componían con prisa las últimas noticias de la noche; repiqueteaban las máquinas de escribir al mismo tiempo que cien teléfonos transmitían las informaciones de San Francisco, Washington o París. A través de ellos, volaban las noticias calientes,

saturadas de la emoción del momento, procedentes de las cinco partes del mundo.

Esto allá arriba, en el sexto piso, en el departamento de redacción. Abajo, en la sección de máquinas, en el infierno trepidante de las rotativas estruendosas y las laboriosas máquinas de componer, las manos de los linotipistas andaban veloces y los operarios, metidos en sus monos azules, trepaban por escaleras o gateaban por entre la complicada maquinaria, preparando el monstruo para su primera edición.

Sonaron los timbres y la máquina rompió a rodar con un estruendo imponente, empezando al mismo tiempo a vomitar por uno de sus extremos los paquetes de periódicos. Roberto Marshall, que tenía un puesto en el departamento de máquinas, trabajó denodadamente por espacio de tres horas, cuidando de que los aparatos puestos bajo su responsabilidad marcharan debidamente.

Cuando la edición hubo terminado, Roberto se dejó caer extenuado sobre unas bobinas de papel, pero aún le llamaron de arriba, del departamento de almacén, para darle unas órdenes.

Allí cruzó unas palabras con la muchacha del teléfono.

—Mañana tiene usted fiesta, ¿verdad?—dijo la muchacha—. A mí también me toca.

—Pues que se divierta mucho—contestó

Roberto con displicencia, eludiendo la invitación que la chica buscaba.

Volvió a echarse sobre las bobinas y se puso a devorar con el mejor apetito, la cena que su madre le había preparado. Había terminado cuando apareció en el rellano de la escalerilla, cauto y balbuciente, el gran Collins, un repórter que había establecido su cantina en un agujero del muro. Este Collins iba siempre borracho: era un defecto que no había podido remediar.

—Di, muchacho, ¿qué estás haciendo en este sótano tan húmedo? —dijo Collins después de extraer del agujero una botella de licor y haber apurado un trago, notando la presencia del inoportuno.

—Soy ayudante de máquinas —respondió Roberto.

—Si sigues mucho tiempo aquí, te vas a poner enfermo de reuma —dijo el repórter entablando conversación él con el ayudante.

—Algún día saldré de aquí... cuando acabe mi novela...

—¿Haces novelas?...

—Empecé a escribir una, ¿sabe usted?... pero el lápiz se me rompió... —explicó Roberto con la mayor ingenuidad.

—¿Quieres ser escritor de veras? —dijo Collins sintiéndose protector del muchacho. —No te apures: yo haré que seas un hombre, célebre. A propósito: ¿puedes prestarme dos duros hasta el sábado? —añadió.

Sin que con ello pretendamos mermar la simpatía que merece el personaje, en honor a la verdad, debemos decir que al vicio de beber debía agregarse a Collins el vicio de pedir. Siempre pedía a cuenta de su salario a todos los de la casa.

Collins, como buena persona que era, hizo algo por el muchacho que le había inspirado una súbita simpatía. Días después se lo llevó al sexto piso y lo presentó a Herk, con estas palabras:

—Este es el chico de que te hablé. Hace las novelas... a patadas...

Herk, que por lo general era un hombre de pocas palabras, pero desagradables, siendo, además, propietario de un genio insopportable, se miró al muchacho de arriba a abajo, y le dijo:

—Quieres trabajar en la redacción?

—Para escribir novelas? —preguntó Roberto.

—De momento, podrás hacerte célebre llevando la sección de accidentes de automóvil.

Roberto aceptó. ¿No iba a aceptar? Aquello representaba, de momento, un salto enorme: de los sótanos al sexto piso, no había solamente la altura de ciento trece escalones, sino la altura de la categoría que separaba al trabajador manual del intelectual. Así habían empezado muchos hombres que luego fueron directores de periódicos.

El muchacho se sentía más que orgulloso de su trabajo. La máquina era una máquina antigua, pero bien conservada. Roberto la había adquirido en el taller de un viejo mecánico que vivía en las afueras de la ciudad. El viejo le había enseñado todo lo que sabía sobre las máquinas y el chico se había puesto a estudiar los principios de la electricidad. El taller estaba en un sótano y el viejo mecánico vivía allí con su esposa y su hija. Roberto pasaba horas allí estudiando y practicando, y cuando finalmente obtuvo su licencia de mecánico, se quedó en el taller para ayudar al viejo.

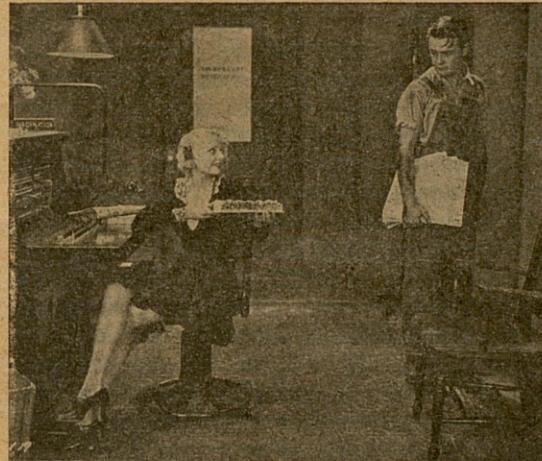
Roberto vivía con su madre en una modesta casita de los suburbios y cifraba toda su ilusión en comprarse una casita a plazos. Al cobrar la primera semana el nuevo salario de repórter, mostraba el dinero a su madre y decía:

—Eso no es nada... Hay repórters que ganan sesenta y cinco semanales. ¡Ya verás, mamá, que pronto podremos comprar nuestra casita!

Fué un día de alegría en el tranquilo hogar. Los dos seres vivían felices en su modestia y el ascenso de Roberto había traído rosadas esperanzas y apuntaba en el horizonte un risueño porvenir.

Roberto empezó su actuación periodística como repórter de la sección de accidentes de automóvil, pero confiaba escalar los mejores puestos. Sólo era cuestión de tener un poco de suerte.

Había en el periódico una redactora que merecía las mejores atenciones de Winter.



Roberto era ayudante de máquinas.

La muchacha disfrutaba de una independencia extraordinaria y merecía un trato especial que la hacía sospechosa, pero nadie se atrevía a insinuar las sospechas que tenía entre Winter y ella.

El propio Winter, no se recataba de imponerla para determinados trabajos y muchas veces ponía a Herk en un compromiso.

—Mary Dane hará la información del baile del Astoria—dijo a Herk aquella noche —. Busque uno que la acompañe—añadió—. Además, Herk, quiero que me ponga un ar-

ticulito en la primera plana hablando de esta muchacha, de su talento, de su belleza...

De buena gana, Herk habría contestado que tenía sus dudas respeto al talento natural o artificial de la señorita Dane, aunque no dudaba de sus atractivos físicos que eran indiscutibles, pero pensó que tenía mujer y seis hijos y este pensamiento le contuvo. Pero salió del despacho del director echando fuego por los ojos.

Momentos después, mientras el director, de frac, despachaba los asuntos urgentes, para dirigirse desde allí al baile del Astoria, con su mujer, llegó la señorita Dane, con su elegatísimo vestido de soirée, llevando, prendidas en el hombro, el ramo de flores que Winter le había mandado.

—¿Le gustaron las flores? ¿Adiviné su gusto? —dijo él, después de contemplarla unos instantes arrobado.

—Magníficas, señor Winter —respondió ella.

Luego el director le dijo:

—Escuche, Mary... Quiero hacer de usted una gran cronista. Usted tiene talento y belleza y yo pondré lo demás...

—Usted me había prometido llevarme al baile... ¿Por qué se vuelve atrás, ahora? —dijo ella haciendo una mueca de enfado.

—Mi esposa, a última hora, ha querido ir... Era un compromiso... Ha sido un inconveniente de última hora.

En tanto el director y su cronista tenían esta conversación en la soledad del despacho, Herk se daba a todos los demonios pensando quien podría acompañar a la chica al baile. Todos estaban ocupados y no sabía a cual escoger. Por fin llamó a Roberto.

—¿Tiene usted frac? —le preguntó, y comprendiendo por la cara que puso que no tenía, añadió: —Bien, no tiene. Pida un anticipo a caja, alquílase uno y antes de cinco minutos esté aquí vestido de etiqueta.

Cinco minutos después, Roberto se hallaba ante la mesa de Herk, enfundado en un elegantísimo frac, esperando órdenes.

—¿Qué hace aquí parado? —le dijo Herk de mal humor—. Póngase a las órdenes de Mary Dane. Esta noche será su perrillo faldero.

Roberto conocía a Mary de vista. La había contemplado muchas veces al pasar, como se contempla a las cosas inaccesibles y bellas: con admiración, sin pensar nunca que, en su insignificancia, pudiera ponerse al lado de ella. Todo lo que le ocurrió a Roberto aquella noche a partir del momento en que Herk le mandara a alquilar un traje de frac, le pareció como un sueño.

Un sueño fué, en efecto, el magnífico espectáculo del baile, derroche de suntuosidad y de riqueza; un sueño fué el acercarse a Mary y decirle balbuceante que era el enviado de míster Herk; un sueño fué el viaje

en auto desde el periódico al Astoria, sintiendo el roce sedoso y morboso de los muslos de Mary oprimiendo los suyos suavemente; y luego el perfume delicioso de aquella mujer, y el hechizo de su voz y el tormento de sus miradas... todo, todo, era un sueño.

—¿Le gusta a usted el baile?...—preguntó ella mientras iban camino del Astoria, con el propósito de romper el embarazoso silencio en que se hallaban.

—Sí... Sí, señora—balbuceó Roberto, todo confuso.

—No me llame usted señora, ni me mire tan asustado... Yo no me como a nadie...—dijo ella bondadosa.

Esta prueba de confianza pareció tranquilizar algo al muchacho que desde aquel momento quiso ser agradable. Pero no podía estar muy locuaz a causa de la admiración que le produjo aquel mundo que por primera vez abría ante sus ojos y en el cual entró del brazo de Mary.

Bailaron... Tuvo la suerte de poder apresionar entre sus brazos a la bellísima eroinista, la felicidad de sentir el aliento de ella, la de envolverse en la nube de placer de su perfume...

—Usa usted un perfume embriagador—dijo mientras bailaban.

—Se llama Beso de Amor... ¿Le gusta? —repuso ella.

—¡Oh, sí!... ¡Ya lo creo!

A la madrugada llegaron al periódico de regreso, y la dejó en la puerta de su despacho, teniendo la suerte de oprimir su delicada mano, mientras ella le envolvía con una sonrisa y le daba las gracias.

Tan turbado estaba, que quiso descargar sus impresiones de aquella noche trasladándolas al papel, y sentándose en una máquina empezó a escribir febrilmente: unas cuartillas que empezaban así:

“Acabo de llegar del baile del Astoria, con nuestra redactora de Sociedad, que es la muchacha más encantadora que he conocido. Su belleza esplendorosa resaltaba sobre las demás.

La señorita Dane tiene la delicadísima hermosura de las muñecas de porcelana. Llevaba un vestido fascinador, hecha de una tela vaporosa de un color pálido, que le ceñía el cuerpo como una gasa...”

Cuando terminó, Herk, le llamó y dejó el papel en la máquina.

—Oiga, Marshall: Lleve este original a las linotipas.

Salió el joven a cumplir el encargo y poco después llegó el dueño de la máquina y viendo aquellas cuartillas las cogió y las entregó a Herk. Este leyó el artículo y aunque carecía de todo valor literario y periodístico, pensó que aquello le evitaba el trabajo de escribir el artículo que le había encargado Winter, y puso el siguiente título:

IMPRESIONES DE UN REPORTER EN
LA FIESTA DEL ASTORIA

Por Roberto Marshall.

Hecho esto, mandó el artículo a las cajas, y al día siguiente se publicó en la primera plana de "La Mañana" el primer artículo del joven Roberto Marshall. Horas después, la propia Mary lo leía con avidez, paladeando la ingenuidad del escritor novel, agradeciendo, en el fondo, aquel homenaje sincero y devoto.

Cuando llegó al despacho, le esperaba otra sorpresa: una magnífica rosa con una tarjeta de Roberto, y también le agradeció desde el fondo de su alma la fineza.

—Gracias por su regalo—dijo a Roberto cuando le vió—. Es una rosa magnífica.

—Tuve que andar mucho para encontrarla y celebro que le haya agradado—respondió el muchacho con sencillez.

—También leí su artículo. Me ha gustado mucho, aunque me ha parecido un poco... apasionado.

—No lo hice para publicar... Sólo quería fijar en el papel las impresiones de anoche... Yo estaba maravillado, se lo digo de veras.

A Mary le agradaba, sobre todo, la sencillez del muchacho, la falta de afectación que notaba en él. Además, en el curso de la conversación descubrió que era ameno, y

comparándole mentalmente con míster Winter, tan estirado, tan convencido de su propio valer, sintió hacia el director un profundo desprecio. Ya hacía tiempo que estaba disgustada por su poca delicadeza y ahora el vaso desbordaba.

—Si a usted le gustase dar un paseo por el parque o hacer alguna pequeña excursión...—propuso él, tímidamente.

Mary aceptó con entusiasmo:

—¡Oh!...—dijo—. Me invita a salir con usted a paseo?

En aquel momento, el timbre del teléfono cortó la conversación. Ella se puso al aparato. Era Winter quien hablaba.

—Lo siento mucho—la dijo—pero me ha salido un compromiso y el domingo no podré ir a su casa como habíamos quedado.

—Entonces debo quedarme sola como una ostra, ¿no?

—Sea usted razonable, Mary... Hágase cargo de que lo lamento más que usted—dijo él por toda explicación.

Mary colgó el auricular con rabia y dirigiéndose a Roberto, le propuso una excursión al parque para el domingo próximo.

—¡Qué bonita es usted, Mary!...—exclamó Roberto en un rapto de entusiasmo, aquella tarde feliz en que llevó a Mary al Parque.

III

—Soy una muñequita de porcelana, ¿verdad?—contestó ella en tono de burla.

Sin embargo le agradaba la adoración sincera e ingenua de aquel joven que empezaba a vivir. Ella ya había andado bastante por los caminos de la vida y conocía sus encrucijadas, sus falsas rutas y hasta sus baches, pero el joven era inexperto y se entregaba con el mayor entusiasmo al primer amor que florecía en su alma.

Merendaron en un bello rincón, y después, cuando ya caía la noche envolviendo el campo en su manto melancólico, ella propuso:

—Acompáñame hasta mi casa.

A él le asombró el lujo en que vivía Mary, pero lo atribuyó más que a otra cosa a su ingénito refinamiento. Pero se estaba bien allí y se habría quedado toda la vida.



...debió vestirse de etiqueta.

—Voy a cambiarme el vestido—indicó Mary cuando se hallaban en el vestíbulo—. Sobre aquella mesa encontrará algo qué beber.

Cuando Mary regresó a la salita, halló a Roberto de pie, curioseando. Ella se dejó caer en un diván. Su cuerpo esbelto, envuelto en un vestido que se le ceñía a él, tenía la flexibilidad de un felino. Hizo que Roberto se sentara al borde del diván, a su lado, y el joven se sintió agitado por una inquietud que se acrecentaba por momentos.

Mary se había abandonado dulcemente a la voluntad de Roberto y esperaba que el muchacho tomase la iniciativa en hacerle el amor. Ella lo deseaba, cada vez más excitada, cada vez más felina, pero el tímido muchacho no osaba decir nada. Hubo un momento en que Mary estaba con los ojos entornados y Roberto la creyó dormida. Entonces salió de puntillas y se fué. Jamás había visto Mary un hombre de tan buena fe.

Días después, Roberto estaba completamente enamorado de Mary. Quiso escribirle una larga carta declarándole su amor, y cuando la tuvo lista y a punto de mandársela, la rompió. Por fin, un día, armándose de valor, le dijo:

—Quiero hablar con usted sobre algo importantísimo. ¿Puedo verla esta noche?

Accedió ella, pero poco después, llegó Winter y dijo que aquella noche iría a verla.

—Esta noche imposible. Voy a un concierto—dijo ella, excusándose.

Esta noche no va usted a ningún concierto—exclamó él, en tono resuelto, en el que se adivinaba la autoridad del hombre que paga.

Roberto cenó con prisa, sin osar alzar la vista del plato. Aquella tarde había cogido el resto de sus economías para comprar una pulsera a Mary, y su madre había descubierto el hecho. Roberto esperaba que ella le re-

prendiese y por eso retrasaba las explicaciones.

Cuando su madre trató de iniciar la conversación sobre aquel asunto, él la replicó, nervioso:

—Después de todo no he robado nada. El dinero era mío.

“Está extraviado. Esa mujer le ha vuelto loco”, pensó su madre moviendo tristemente la cabeza. Ella se había enterado de los motivos que habían hecho que su hijo cambiase súbitamente, y al pedir informes de Mary estos fueron péssimos.

—¡Estás ciego!... Si tú supieras quién es. Si supieras que es...

—¡Basta! ¡Usted no sabe lo que se dice! ¡Eso es mentira!

Antes de marchar, el cartero le había traído una carta urgente. Era de Mary que le decía que no fuera a verla. Una oleada de celos nubló el cerebro de Roberto, y se decidió ir, a pesar de todo.

Cuando llegó a la casa de Mary, ésta se extrañó.

—¿Por qué ha venido? ¿No recibió mi carta?

—Sí; pero tengo de hablar con usted hoy sin falta.

—Debe marcharse en seguida, Roberto. Esto exacerbó a Roberto.

—¿Acaso espera usted a otro?—dijo con retinencia, y después, viendo que Mary no

contestaba, añadió en el mismo tono:—¿Al señor Winter, probablemente?...

Ella se irguió sintiéndose herida en lo más íntimo:

—¿Con qué derecho me habla usted así?

—Con el derecho que me da el amor que siento por usted, Mary... ¡usted sabe que la amo con locura!

—Usted no puede amarme—replicó ella con amargura—. ¡Si supiera algo de mi vida, me aborrecería!

La llegada de Winter cortó el diálogo, y ambos quedaron sorprendidos. Winter no lo fué menos, pues no esperaba hallarse con nadie.

—El señor Marshall ha venido a devolverme los libros.

—¿Por qué no le dice la verdad, Mary?— exclamó Roberto con rabia.

Winter comprendió en seguida. Lejos de indignarse, adoptó una actitud reposada, y dirigiéndose a Roberto le ordenó:

—Puesto que ya ha devuelto usted los libros, puede marcharse.

—¡Pues no me voy hasta saber qué es lo que viene usted a hacer aquí!



La llegada de Winter, cortó el diálogo.

—Le participo, joven, que *aquí* estoy en mi propia casa.

Roberto avanzó unos pasos hacia Winter. Este, a su vez, retrocedió y, temeroso de que el joven le agrediera, agarró una estatuilla de bronce y se la arrojó. Entonces, Roberto se le echó encima y golpeó a Winter; después lo empujó violentamente. Winter retrocedió y dió con la cabeza contra la arista de

la cornisa de la chimenea, desplomándose al suelo como un fardo. Mary fué hacia él, se agachó y lo examinó ligeramente:

—Perdió el conocimiento. Ahora márchezse; ¡hágalo por mí, se lo ruego!

Roberto se puso el sombrero y abandonó la estancia.

Media hora después, Winter no había vuelto en sí. Desesperada, Mary comprobó que el corazón no latía. ¡Estaba muerto! ¿Qué hacer, Dios mío? Después de reflexionar un poco, llamó a Ray, el gerente del periódico. Este, ante la gravedad de la noticia, no tardó en presentarse. Examinó el cadáver. No presentaba herida alguna.

—Lo ha hecho usted... o fué otra persona? —preguntó al cabo.

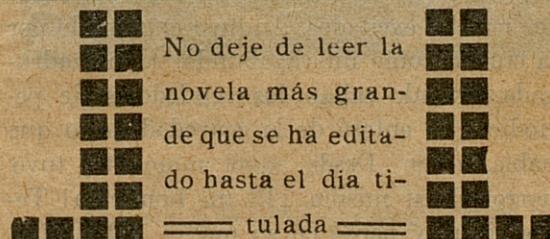
—Fué un accidente casual... Cuando vino a verme, dijo que no se encontraba del todo bien. Poco después, hallándose cerca de la chimenea, sufrió un desvanecimiento y cayó muerto.

—Sea accidente o no, poco importa de momento—reflexionó Ray—. Lo importante, ahora, es evitar el escándalo. La posición de Winter, la de usted y el prestigio de nuestro periódico, lo exigen.

—¿Qué haremos, Dios mío? No puede evitarse. No podemos hacer desaparecer el cadáver.

—Cuando menos podemos llevarlo a otro sitio—respondió Ray friamente—. Lo importante es sacarlo de aquí. ¡Ya tengo una idea! ¡Lo llevaremos a la redacción! Nada costará hacer creer a la gente que Winter murió en su despacho.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



No deje de leer la
novela más gran-
de que se ha edita-
do hasta el dia ti-

lulada

Un Caballero de Francia

por ROBERTO REY

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

...y el que se quedó en la casa de Mary, se puso a andar por las calles. Tenía mucha energía y necesitaba descargarla. Se sentía como un vagabundo perdido en la ciudad. A la madrugada, cuando salían los vendedores de periódicos, se enteró de la gravedad de lo que había hecho. Desde aquel momento, tuvo horror de sí mismo. ¡El un homicida! Tenía fiebre y pensó en su madre. ¿Qué diría ella?... En un suburbio de la ciudad se encontró con un policía e hizo ademán de huir.

—¿Por qué huye de mí?—preguntó el policía agarrándole por el brazo.

—¡Yo lo maté... Yo solo!—exclamó Roberto pensando en la idea que le obsesionaba.

IV

Cuando Roberto abandonó la casa de Mary, en vez de regresar a la suya se puso a andar por las calles. Tenía necesidad de descargar sus nervios excitados. Anduvo extraviado por la ciudad como un vagabundo. A la madrugada, cuando salían los vendedores de periódicos, se enteró de la gravedad de lo que había hecho. Desde aquel momento, tuvo horror de sí mismo. ¡El un homicida! Tenía fiebre y pensó en su madre. ¿Qué diría ella?... En un suburbio de la ciudad se encontró con un policía e hizo ademán de huir.



...agarró una estatuilla de bronce y se la arrojó...

Lo llevaron a la primera delegación de policía. Allí amplió su declaración, entre palabras incoherentes y vagas. Dió el nombres y sólo se limitó a decir que él, sólo él, había dado muerte a Winter. Desde el primer momento, tuvo la precaución de no comprometer a Mary.

Llamaron a Ray. Este, antes de presen-

tarse, se puso al hablar por teléfono con Mary.

—¡Eso se complica! —le dijo—. Acaban de telefonearme desde la Jefatura que Marshall, ese joven redactor que teníamos, acaba de confesarse autor de la muerte de Winter. Venga usted en seguida.

Poco después se presentó Mary.

—Dicen que Marshall se niega a decir nada. Pero si habla, se descubrirá, y el escándalo será mayúsculo —dijo Ray.

—¡Qué importa el escándalo! ¡La cuestión es salvar a Marshall! —exclamó Mary.

—No perdamos la serenidad. Pueden hacerse las dos cosas a un tiempo, siempre que él se calle —dijo Ray.

Era insincero. A él le importaba poco que Marshall se perdiése, con tal de que se salvase la reputación del periódico. Veía aquello desde el punto de vista de un negocio. En cambio, Mary lo veía desde el punto de vista sentimental. Quería a Roberto, y antes de verle condenado injustamente, quería poner las cosas en claro. Diciendo que había obrado en defensa propia, estaba salvado, pero para ello tenía que saberse toda la verdad.

No obstante, las seguridades que le dió Ray, la tranquilizaron y se dispuso a esperar el resultado de sus gestiones.

Se instruyó el proceso. Ray, intrigado, logró que Mary no llevase a cabo sus propósitos. Hizo llegar a oídos de la madre de Roberto que sería perjudicarle hacer declaraciones sobre la intervención de Mary en el asunto, y la pobre mujer se calló.

El propio Ray hizo declaraciones contra Roberto. Ante él mismo confesó una burda patraña, mientras Roberto se absténía de hacer declaraciones, por lo que las afirmaciones del gerente prevalecieron.

Llegó el día de la vista de la causa. Había en torno del asunto una emoción creciente, pero el numeroso público estaba defraudado, porque Marshall se obstinaba en callar los motivos que le indujeron a matar a Winter.

Le condenaron a la última pena.

V

—Una tal señora Marshall desea ver a usted—dijo la doncella entrando en la alcoba de Mary a una hora intempestiva—. Ya le he dicho yo—añadió, excusándose— que usted se hallaba en cama, pero insiste de tal modo que no me he atrevido a hacerla ir.

Poco después, Mary se presentó en la sala, donde se hallaba la anciana.

—Usted dirá en que puedo servirla, señora...—dijo Mary.

—Supongo que usted ya habrá adivinado los motivos que me han traído a esta casa—dijo la anciana.

Y le informó de todo lo que ella sabía.

—¿Por qué no ha confesado su hijo la verdad?—preguntó Mary.

—¡Oh!... Mi hijo no ha dicho nada por no perjudicar a usted. Pero esta mañana se ha sabido la sentencia y lo condenan a muerte.

Mary estuvo a punto de caer desvanecida, pero se rehizo en seguida. Se apoderó de ella una gran desesperación y entre sollozos explicó a la dama que Ray la había engañado diciendo que no le pasaría nada absolutamente.

—¡Ayúdalo, si puede! ¡Se lo suplico!

—¡No debe morir!—exclamó Mary angustiada—. ¡Me dijeron que no le pasaría nada! Ahora mismo voy a presentarme ante el juez.

Los periódicos de aquella noche publicaban una información sensacional en torno del desenlace del proceso Marshall. La declaración clara y explícita de Mary había demostrado que Marshall obró en defensa propia y por tanto le correspondía ser puesto en libertad.

Una hermosa mañana de mayo, las puertas de la cárcel se abrían para dar paso a Ro-

berto. Con él iba su madre. No lejos de allí, había un auto parado desde cuyo fondo, una mujer vió salir a Roberto y después siguió en dirección contraria, lanzando un hondo suspiro. Era Mary que sentía la satisfacción del deber cumplido, en virtud del cual no había vacilado en sacrificar su reputación.

—Te reservo una sorpresa para cuando lleguemos a casa—dijo su madre a Roberto.

El joven se encogió de hombros. Ya no había nada que pudiera causarle sorpresas.

—Te has olvidado que hoy cumples veinte años—dijo la anciana oprimiéndole el brazo —¡Ya eres un hombre!

—Sí, mamá, sí... Cuando se han pasado tantas cosas, ya no se es un hombre. Y di— añadió—¿cuál es la sorpresa que me reservas?

—Ya lo verás.

Llegaron a la modesta casita. Todo estaba igual que cuando la dejó. Se hallaba la mesa emmantelada, pues la buena mujer ya había dejado la comida hecha para cuando llegase su hijo, y después sacó el gran pastel del cumpleaños, que era la sorpresa que le esperaba.



Llegó el día de la vista de la causa

Poco después se presentó Collins, borracho, como siempre, a felicitar a su protegido.

—Muy buenos días... Hoy no vengo a pedir, sino a traerte una cosa, Marshall...— y le entregó un estuche envuelto en un papel.

Roberto deshizo el paquete y abrió el estuche. Era la pulsera que tiempo atrás había regalado a Mary. Con ella iba una tarjeta que decía:

"Debo devolvértelo hasta saber si crees que aún soy digna de llevarla."

Roberto estuvo muy contento.

—¿Dónde está, Collins?

—Te espera, al volver de la esquina.

El joven se puso el sombrero precipitadamente, y se fué hacia la puerta. Una vez allí, se volvió y dijo:

—Mamá... Pon un cubierto más.

—Qué ponga dos. Yo también me quedaré a comer con vosotros. Hace dos días que no hago más que beber...—dijo Collins.

FIN

BIBLIOTECA FILMS Y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

Historia de la República Española

Título del primer tomo:

**1921 - De la Dictadura a
la Revolución - 1931**

Título del segundo tomo

**Proclamación y Problemas
de la República**

Título del tercer tomo

Afianzamiento de la República

Es autor de este alarde editorial el culto literato

E. MOLDES

Precio popular: 1'25 ptas.

PEDIDOS A

Biblioteca Films. Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remítan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

8. 19-26/8

ROBERTO REY

el simpaticísimo artista se presentará en breve a sus innumerables admiradores en

UN CABALLERO DE FRAC

fastuosa producción sonora
hablada y cantada en español
de la invicta marca



PARAMOUNT

No deje usted de leer su adaptación cinematográfica que será el primer éxito de la temporada 1931-32 de

Ediciones Biblioteca Films

96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cincuenta céntimos para el certificado.

Historia de la República Española

Título del primer tomo:

**1921 - De la Dictadura a
la Revolución - 1931**

Título del segundo tomo:

**Proclamación y Problemas
de la República**

Título del tercer tomo:

Afianzamiento de la República

Es autor de este alarde
editorial el culto literato

E. MOLDES

Precio popular: 1'25 ptas.

PEDIDOS A

Biblioteca Films- Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
timos para el certificado. Franqueo gratis.